

estas disposiciones y la necesidad urgente de prevenirse y de tantear las intenciones de los Beyes. Obligaba á dirigirse cuanto antes sobre el Cairo. El general Desaix con su division, que formaba la vanguardia, se adelantó por el desierto hácia Damanhour. Pero, durante esta marcha de quince leguas sobre unas arenas ardientes y esteriles, nuestras tropas casi enteramente privadas de agua, pasaron unos trabajos tales, que Desaix, tan difícil de conmoverse por los mayores peligros, escribia al general en gefe: « Si el ejército no pasa el » desierto con la rapidez del relámpago, pe- » recerá. »

El ejército salió de Alejandria el 5 y el 6 de julio. Bonaparte dejó por comandante de aquella ciudad al general Kleber, que habia sido herido en el asalto de las murallas. El general Dugua marchó por otro lado sobre Rosetta con el encargo de proteger la escuadrilla francesa, que debia tomar el camino del Cairo sobre el brazo izquierdo del Nilo, y unirse con el ejército en Ramanieh.

El calor terrible, el hambre y la sed, mas horrorosa todavía, atormentaban á nuestros soldados; muchos perecieron, y para colmo

de males, el fenómeno, desconocido en nuestros países, de la apariencia del agua, producida por los rayos del sol sobre la arena, les presentaba un lago inmenso que iban á alcanzar. La ilusion de este fenómeno es tal, que engaña la vista la décima vez como la primera, y como se manifestaba particularmente por las mañanas, los Franceses apresuraban el paso y se cansaban en vano, para caer mas abatidos que antes, cuando el sol, en toda su fuerza, disipaba las aguas imaginarias en que pensaban apagar la sed que los devoraba. El suelo que pisaban ardia en brasas; tanto dolor causaba el parar como el andar; la noche, en lugar de proporcionar alguna calma, traia nuevos tormentos; un rocío, extremadamente frio, helaba los miembros y penetraba los huesos. ¡ Qué situacion para unos hombres acostumbrados á hacer la guerra en el clima delicioso de la Italia! Así es que la murmuracion empezó á cundir y los mas adictos empezaban á desesperarse.....

El 8 de julio, Bonaparte llegó á Damanhour, donde el ejército reunido olvidaba los padecimientos del desierto, y los gritos de sedicion, amenazadores para su héroe. Bonaparte, por

su lado, lo olvidó todo. El 10 al amanecer, el ejército se puso en movimiento sobre Ramanieh; Bonaparte, acompañado de algunos oficiales del estado mayor, se alejó á alguna distancia de los diferentes cuerpos y no se halló separado de los Beduinos sino por un pequeño cerro que le ocultaba; al instante conoció el peligro á que se habia expuesto y dijo alegremente: « No está escrito en el cielo que » los Arabes me hayan de hacer prisionero. » En fin, despues de algunas horas de camino, apareció el Nilo con sus dos orillas cubiertas de ricas mieses. El primer movimiento de nuestros soldados fue precipitarse en un rio que tambien era un Dios para los Franceses. Apenas refrescado y consolado, el ejército tuvo que volver á sus banderas, atacadas por los Mamelucos á quienes rechazó la artillería del general Desaix. Bonaparte mandó descansar en Ramanieh para aguardar la escuadrilla que llevaba las provisiones. El ejército, descansado y contento, se puso en marcha durante la noche con mucho orden y con la esperanza de dar la batalla que debia abrir las puertas de la capital de su futura conquista. La escuadrilla nos seguia, conducida por el gefe de di-

vision Perrée. Los generales Andreossy y Zayonzcheck estaban á bordo, mandando la artillería y las tropas de á caballo no montadas; de repente la escuadrilla francesa se halló separada por la violencia de los vientos de la izquierda del ejército y llevada enfrente de la escuadrilla enemiga sostenida por el fuego de cuatro mil Mamelucos, de los Felhas y de los Arabes. Al instante se empeña un combate desigual, en que el valor suple el número, y que costó al enemigo sus lanchas cañoneras. En este combate, en que la intrepidez y la serenidad del general Andreossy tuvieron mucha parte en la victoria, Monge y Berthollet, que se hallaban sobre el chabeque de Perrée, manifestaron mucho valor, y fueron muy útiles. Entretanto, Bonaparte, discurriendo por los cañonazos que oia, que su escuadrilla estaba atacada, mandó avanzar el ejército á paso de carga sobre Chebreiss y halló á los Mamelucos en batalla delante de aquel lugar. Reconoció la posicion del enemigo y dispuso sus fuerzas del modo siguiente. Cada una de sus cinco divisiones formaba un cuadro que presentaba por cada lado seis hombres de profundidad. Los equipages y la caballería estaban en el

centro, la artillería en los ángulos. Los granaderos de cada cuadro formaban pelotones que flanqueaban las divisiones y debían reforzar los puntos atacados.

Apenas el ejército llegó á media legua de los Mamelucos, éstos se abalanzaron en tropel é inundaron la llanura, pasaron nuestras alas caracoleando sobre los flancos y á las espaldas de los Franceses, y buscando el punto flaco para penetrar; pero toda la línea francesa les presentó una muralla de hierro echando llamas. Otras partidas iban cargando con ímpetu sobre la derecha y el frente del ejército; se acercaron hasta el alcance de la metralla que los hizo pedazos y los disipó. Entonces los Franceses se pusieron en movimiento y se apoderaron del lugar de Chebreiss. Después de dos horas de una acción muy reñida, el enemigo se retiró en desorden hácia el Cairo dejando á seiscientos muertos sobre el campo de batalla; su escuadrilla huyó también subiendo el Nilo. El ejército victorioso hizo noche en Chebreiss, y volvió á tomar el camino del Cairo, en medio de todas las privaciones, atravesando pueblos abandonados y sobre un terreno exhausto de casi toda vegetación

alimentaria. Así es que, á pesar de haberse aliviado las penas de algunos, la melancolía y la tristeza reinaban entre nuestros soldados. Se acordaban con sentimiento de la Italia y de la Francia, y se miraban como desterrados en un país estéril y más peligroso, cien veces, que el enemigo. Bonaparte oía estas quejas y procuraba aplacarlas, poniendo su propio bivaque en los puntos más incómodos.

El 21 de julio, el ejército, que había salido de Omdinar durante la noche, llegó sobre las dos de la tarde á media legua de Embabeh y halló al cuerpo de Mamelucos formado delante del pueblo. Bonaparte mandó hacer alto; el exceso del cansancio y del calor agobiaban á las tropas; el soldado contaba con una hora de descanso; pero los movimientos del enemigo y las disposiciones de la batalla no dejaron tiempo para ello.

Todo era nuevo para los Franceses; detrás de la izquierda del enemigo, estaban las Pirámides, testigos inmóviles de las mayores desgracias del mundo; un poco más allá de la izquierda, corría con magestad el antiguo Nilo; resplandecían los trescientos minaretes del Cairo, y se dilataban las llanuras tan fér-

tiles en otros tiempos; de la antigua y poblada Memfis. Los trages magníficos, el resplandor de las armas y la hermosura de los caballos de la caballería de los Beyes, contrastaban de un modo singular con el uniforme y el armamento severo de los batallones franceses, cuyo general en gefe se confundia con ellos por la modestia de su vestido. Se parecia á Leonidas lidiando con sus Esparciatas contra el fastuoso ejército de los Sátrapas; pero no hubo Termópiles. Las Pirámides fueron felices para los Franceses: « Soldados! exclamó » Bonaparte, desde lo alto de estos monumentos, cuarenta siglos os estan mirando. »

Mourad Bey apoyaba su derecha sobre el Nilo, hácia donde habia construido de prisa un campamento atrincherado, guarnecido con cuarenta piezas de cañon, y defendido por unos veinte mil hombres, Genizaros ó Spahies; su izquierda, que se prolongaba hácia las Pirámides, constaba de diez mil Mamelucos, servidos cada uno por tres Felhas, y de tres mil Arabes. Bonaparte dispuso su ejército, como en Chebreiss, pero de modo que presentase mas fuego al enemigo. Desaix mandaba la derecha, Vial la izquierda, y Dugua

el centro. Despues de haber reconocido el campamento atrincherado, se supo que la artillería del enemigo no estaba montada sobre cureñas de campaña, y que la infantería no se atreveria á salir sin cañones. Al instante, Bonaparte mandó hacer un movimiento á todo el ejército sobre su derecha, pasando fuera del alcance de la artillería del campamento, lo que inutilizó casi enteramente los cañones y la infantería del enemigo, y nos dejó por contrarios á los Mamelucos solos.

Mourad Bey habia nacido con el instinto de la guerra, y tenia el golpe de vista penetrante; conoció que todo el suceso de la jornada dependia de aquel gran movimiento, y que era preciso impedirlo á toda costa. Se puso á la cabeza de seis á siete mil caballos y vino á atacar á la columna del general Desaix, á quien puso en desórden por algunos instantes; pero los cuadros volvieron á formarse al instante, y recibieron con serenidad los Mamelucos, cuyos primeros pelotones solos habian empezado el choque. Reynier estaba flanqueando nuestra izquierda. Bonaparte, que estaba en el cuadro del general Dugua, se adelantó sobre el grueso de los Ma-

melucos , y se puso entre el Nilo y Reynier. Los Mamelucos hicieron unos esfuerzos terribles para deshacer nuestras filas; iban cayendo en tropeles bajo el fuego de nuestros cuadros, que se parecian á las murallas de una fortaleza. Estos baluartes vivientes hicieron creer al enemigo que nuestros soldados iban atados unos á otros. Algunos de los mas encarnizados se metian con sus caballos , vueltos por la parte de atras, enmedio de las bayonetas de nuestros granaderos ; todos perecieron. La masa de los Mamelucos iba dando vueltas alrededor de nuestros cuadros , buscando una entrada por entre los intervalos ; pero no pudieron lograrlo , y por fin volvieron á su campamento , enmedio de las balas y de la metralla. Mourad , acompañado de sus mejores oficiales , se dirigió sobre Gizeh , hallándose así separado de su ejército. Entretanto , la division del general Bon marchaba sobre el campamento atrincherado , mientras el general Rampon corria á ocupar un desfiladero entre Gizeh y aquel campamento , donde reynaba la mas horrible confusion. La caballería se abalanzó á la infantería, que viendo á los Mamelucos destrozados ,

echó á correr hácia la izquierda de Embabeh; una parte logró escapar nadando ó en barcos; pero muchos se ahogaron en el Nilo, perseguidos por el general Vial. Las demas divisiones francesas iban ganando terreno. Los Mamelucos, cogidos entre su fuego y el de los cuadros, procuraron abrirse un camino y cayeron desesperados sobre la pequeña columna del general Rampon ; pero todo su valor no pudo nada contra este nuevo obstáculo ; volvieron las riendas teniendo que pasar á cinco pasos de un batallon de carabineros que acabó casi enteramente con ellos. Todos los que escaparon se ahogaron. Mourad Bey no pudo hacerse acompañar en su retirada sino por mil y doscientos Mamelucos, los únicos que se salvaron con él. Los trofeos de la victoria de Embabeh fueron cincuenta cañones , cuatrocientos camellos , los víveres , los tesoros y los bagages de esta noble milicia de esclavos , y en fin la posesion de la ciudad del Cairo. Bonaparte que conocia todo el poder de los antiguos recuerdos, y que aspiraba sin cesar á sembrar su vida de gloriosas comparaciones con los grandes monumentos, quiso dar á esa brillante jornada el nombre de *batalla de las Pirámides*.

Las divisiones de Desaix, Reynier y Dugua, despues de haber perseguido á los enemigos hasta la noche , volvieron á Gizeh , en donde las tropas francesas estaban establecidas ya , así como en el campamento atrincherado de Embabeh , en donde las divisiones de Bon y de Menou nadaban en la abundancia. Bonaparte se alojó en la casa de campo de Mourad Bey , y luego recibió en su cuartel general á una diputacion de los Checks y de los notables del Cairo , en donde despues de la derrota de Embabeh , reinó la mayor confusion , habiéndose retirado á toda prisa el Bajá Seid-Abubeker y el Bey Ibrahim , prudente competidor de Mourad. Bonaparte, queriendo evitar las desgracias , que siguen siempre á la anarquía , habia enviado una proclama para dar confianza á los habitantes. Los diputados venian para tratar de la rendicion de los Genizaros y de la plaza , é implorar la clemencia del vencedor. Bonaparte los acogió con benevolencia, y los despidió , bajo la escolta de dos compañías escogidas mandadas por el intrépido Dupuy, nombrado general de brigada sobre el campo de batalla. La orilla derecha del Nilo ardia en llamas, con motivo del

incendio de sesenta barcos cargados de riquezas , que los mismos Mamelucos mandaron quemar. Fue al resplandor de esta luz, que nuestros soldados entraron de noche dentro de la capital y recorrieron sus calles largas y silenciosas. Todas las puertas estaban cerradas y todas las luces apagadas, no se oia la voz de ningun hombre ; los perros solos , que abundan en aquella inmensa ciudad , contestaban con sus ahullidos al tambor de los Franceses.

El 25 de julio, el general en gefe hizo su entrada en el Cairo, enmedio de un pueblo numeroso que acudia á contemplar al vencedor de los Mamelucos. Su primer cuidado, despues de haber encargado el mando de la plaza al general Dupuy , fue de organizar definitivamente el Divan provisional instituido por los habitantes , y arreglar la administracion de los paises que ibamos á ocupar. Kleber residia en Alejandria, Menou en Rosetta, Dupuy en Damanhour; Zayonscheck fue enviado al Menoufieh, Murat al Kelcoieb, Vial á las provincias de Mansourah y de Damietta, Fugieres á las de Garbieh, y Belliard á Gizeh. Desaix recibió la órden de construir un campamento atrincherado , á cuatro leguas de esta